

STEFAN ZWEIG

VERLAINE

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE CARLOS FORTEA

BARCELONA 2023



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Verlaine*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2023 by Carlos Fortea Gil
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Paul Verlaine* (c. 1892), de Dornac

ISBN: 978-84-19036-78-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 820-2023

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Preludio</i>	7
EL POBRE LÉLIAN	15
EL EPISODIO RIMBAUD	37
EL PENITENTE	49
LEYENDAS Y LITERATURA	65
<i>Colofón</i>	83

*A Émile Verbaeren con amor y admiración.
París, noviembre de 1904*

PRELUDIO

*J'étais né pour plaire à toute âme un peu fière
Sorte d'homme en rêve et capable du mieux,
Parfois tout sourire et parfois tout prière
Et toujours des cieus attendris dans les yeux.*

PAUL VERLAINE¹

Las obras de los grandes artistas son libros mudos de las verdades eternas. En el rostro de Balzac, tal como lo creó Rodin, está escrito en bronce que la belleza de los ademanes creativos es salvaje, molesta y torturadora, que el gran don de los poetas no implica plenitud y exaltación generosa, sino el gesto indeciso del que busca ayuda y se libera. Como un niño que alarga los brazos cuando tiene miedo, como los que se hunden tienden la mano en busca de ayuda a los que pa-

¹ 'Nací para gustar a cualquier alma un tanto orgullosa | una suerte de hombre soñador, capaz de lo mejor, | unas veces sonrisa y otras rezo, | y siempre tiernos cielos en los ojos', versos de «Adieu», *Amour* (1888). (*Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son del traductor*).

san, los poetas gritan y murmuran su queja y su alegría como una violencia más grande que sus propias fuerzas, una red que tejen, una cuerda a la que tratan de aferrarse. Igual que los mendigos en las calles, oprimidos por el sufrimiento y la miseria, entregan sus palabras a los transeúntes aliviándose con cada sílaba, porque de ese modo llevan su propia vida a la vida ajena, porque plantan su dicha y su desdicha, su júbilo y su lamento, demasiado grandes para ellos, en el destino de otros..., hombre y mujer, fertilizando y gozando a un tiempo en ese momento de dolorosa alegría. Pero la angustia, la dulce y torturante angustia, la violencia granada y dolorosa, es el comienzo de este como de todos los instintos.

De todos los poetas de nuestro tiempo, ese gesto conmovedor, esa necesidad de dar su vida a otros no ha poseído a nadie de manera tan arrebatadora, tan abnegada y trágica como a Paul Verlaine. Porque ninguno ha sido tan débil ante la presión del destino. Toda su virtud poética es grandeza vuelta del revés, es debilidad. Como no podía dominarlo le quedaba el lamento; como no era capaz de dar forma a los acontecimientos, resplandecen en su obra como belleza desnuda e indómita, humana al mismo tiempo que divina.

De ese modo produjo una lírica primigenia, pura humanidad, sencilla queja, humildad, balbuceo, ira y reproche, sonidos primitivos en sublime forma, el sigiloso llanto del niño al que han pegado, el grito de miedo del extraviado, el tierno llamado del pájaro solitario al caer la tarde. Otros poetas han tenido ademanes mucho más variados: el del que clama y reúne con sonoro cuerno a los caminantes que acuden de todas direcciones; el del mago que teje sonidos como teje el susurro de las hojas, el rumor del viento y el borbotar del agua; el del maestro que condensa en oscuros proverbios toda la sabiduría de la vida. Él en cambio no tenía otra cosa que el ademán del débil que necesita a otros, los gestos del mendigo. Pero esos gestos los poseía maravillosamente, en todos sus acentos y matices: poseía el débil llanto del hombre débil, a veces resonando en el confuso balbuceo del borracho, poseía el tierno y aflautado sonido del deseo vago y melancólico, pero también el duro martillar contra el propio pecho, el flagelante azote del penitente y la íntima oración de gratitud que murmuran las mujeres pobres en los escalones de la iglesia. Otros poetas estaban tan entrelazados con el universo que ya no era posible distinguir si las grandes

tormentas temblaban en su pecho, el mar rugía en ellos o era su palabra la que hacía estremecer los prados y acariciaba tierna los sembrados en forma de viento. Eran personas que daban y reunían vida, dioses por el milagro de la creación y al mismo tiempo sus sacerdotes. Verlaine nunca fue más que un ser humano, un ser humano débil, que ni siquiera era capaz de «enumerar los delitos de su corazón», pero precisamente la carencia de lo personal daba como resultado lo archisingular, lo arquetípico, lo más puramente general y humano. Verlaine era blanda masa, sin capacidad de impregnación y sin resistencia: cada cosa, incluso los fugaces dolores de segundos solitarios, similares a aromas, que normalmente se disgregan o se condensan en sorda tristeza, cada línea de la vida que cruzaba la estela de su destino tenía un relieve puro, una huella clara, sincera. Las confusas potencias del destino, que zandearon con ímpetu su vida y la desgarraron, se funden en su obra en esencias, en cristales.

Aunque esto—junto a la gloria de haber promovido con sus versos el ennoblecimiento y desarrollo de una cultura—es lo más alto y sublime que se puede decir de los versos de un poeta, semejante valoración de algunos de sus seguido-

res (especialmente de los jóvenes literatos franceses) aún parece demasiado poco. Celebran en Verlaine al inventor consciente de una nueva *ars poetica*, el iniciador de nuevas eras líricas, ignorantes de la torpeza de sus comienzos, que incluso el literato Verlaine, aquella triste caricatura en la que lo habían convertido el ruido y los cafés del Quartier Latin, rechazaba indignado. Porque toda la fuerza y grandeza de esa lírica hunde sus raíces en la intemporalidad, en la maravillosa intimidad de su sentimiento, eternamente humano, invariable, y sobre todo en lo inconsciente de su surgimiento. Sólo los intelectuales crean «orientaciones», y Verlaine era tan poco intelectual como *bon enfant*, el niño tambaleante e inconsciente en cuyas manos abiertas para el juego los versos caían como flores de cerezo y hojas volanderas. Era un creador, un poeta. Y la poesía es pensamiento sin lógica (aunque no contra la lógica), vínculo que no sigue las leyes del pensamiento, sino los dictados, las vagas sensaciones que siguen a las palabras susurradas, los secretos acuerdos de las corrientes subterráneas que murmuran en la oscuridad. Es pensamiento sin consecuencia, instinto e intuición, síntesis que brota sin ley alguna, anudamiento y no encadenamien-

to. Melodía y no escala cromática. Y, en ese sentido, él era un creador inconsciente, escuchador de los acordes secretos. Nunca fue un pensador, aunque su aguda y eléctrica capacidad de observación, su ingenio gallo y su sensibilidad estilística fueran capaces de iluminar a pequeños círculos, pero le faltaba—como en todo—la fuerza, la coherencia. Sabía captar e iluminar las olas que llegaban a su vida, pero nunca fue suyo el rasgo furioso y heroico de los grandes poetas alemanes: devolverlas al oscuro espejo del universo, lanzar al mundo los rayos de la curiosidad y la torturante pulsión vital, indagar la visión del universo, el temblor y el sentido de la lejanía. Espíritu fugaz y débil como era, no amaba lo definitivo, la calma y la posesión, el sentido y la fuerza, los elementos de la existencia; se entregaba por completo a la eflorescencia de las cosas, a la dulzura del devenir, al dolor del paso del tiempo, a la tortura y ternura de los sentimientos que nos acarician, a las cosas, en pocas palabras, que llegan hasta nosotros, y no a las que tenemos que buscar e investigar. Nunca fue arco tendido que se lanza a sí mismo cual flecha al infinito, sino tan sólo arpa de Eolo, juego y lenguaje de los vientos que venían. Se arrojó de buen grado en brazos de todos

los peligros: las mujeres, la religiosidad, la bebida y la literatura. Todo eso lo asfixió y lo desgarró, pero las gotas de sangre vertidas son poemas espléndidos, acontecimientos imperecederos, sentimiento primigenio y cristalino.

Consiguió tal cosa de dos maneras: mediante una sinceridad sin parangón, como virtud y como vicio, y mediante esa inconsciencia pura que por desgracia se ahogó en las primeras olas de su fama. Como nunca supo escardar, su vida dio extraños frutos, se convirtió en un maravilloso jardín de flores seductoramente bellas, de perverso colorido, en el que él mismo nunca supo orientarse. Mediada su vida, encontró el valor—o la pulsión que llevaba dentro, que era más fuerte que su voluntad, y lo dominó por completo—para salir del mundo de la cultura con paso recto y seguro, cambiar la cálida manta de la burguesía literaria por el ocasional acomodo en los caminos y tirar por los aires junto con el humo de su pipa el respeto tempranamente obtenido. Y jamás regresó al redil: por desgracia, sólo más tarde, como literato, exageró y explotó literariamente, con vano exhibicionismo, tanto ésta como todas sus demás cualidades originales. Pero, a millas de distancia de academias y periódicos, supo mantener inin-

terrumpidamente su singularidad durante años y, con noble desvergüenza—primera característica de su personal liberación de la humanidad cultivada frente a la natural—, describió en sus versos el extraviado y apasionado camino de su vida. Se ha hablado y se ha escrito mucho acerca de si el resultado de aquel peregrinaje fue la felicidad o la desdicha..., una cuestión ociosa y carente de importancia, porque *felicidad* no es más que una palabra, un cáliz vacío en manos ajenas, una cosa hueca y resonante. En cualquier caso, la vida se clavó más en su carne que en la de todos los poetas de nuestra época, agobió su espíritu de forma tan angosta e implacable que no se guardó nada, y se desangró en suspiros, júbilo y gritos. Es posible mirar de reojo y con enfado un destino que alcanzó cosas tan espléndidas: a nosotros, que volvemos a sufrir esos dolores con dulce escalofrío, nos apacigua la gratitud.

EL POBRE LÉLIAN

*J'ai la fureur d'aimer. Mon cœur si faible est fou.
N'importe quand, n'importe quel et n'importe où,
Qu'un éclair de beauté, de vertu, de vaillance
Luise, il s'y précipite, il y vole, il s'y lance,
Et, le temps d'une étreinte, il embrasse cent fois
L'être ou l'objet qu'il a poursuivi de son choix;
Puis, quand l'illusion a replié son aile,
Il revient triste et seul bien souvent, mais fidèle,
Et laissant aux ingrats quelque chose de lui,
Sang ou chair.*

PAUL VERLAINE¹

Siempre hay un resplandor, como una sonrisa dolorosamente dulce, cuando Verlaine habla de

¹ «Tengo el furor de amar. Loco es mi corazón. | No importa a quién, ni cuándo, desborda su pasión | allá donde un relámpago de virtud o belleza | o valor de lucir, se lanza con presteza | y, en tiempo de un abrazo, él consigue abrazar | cien veces al objeto al que desea amar. | Después, cuando repliega sus alas la ilusión | él vuelve, triste y solo, en su desolación | pero sigue dejando en quienes amó fiel, | aunque ingratos le fueron, carne o sangre», «Lucien Létinois», *Amor* (1888), en: Paul Verlaine, *Antología poética*, trad. Luis Guarner, Barcelona, Bruguera, 1969.

su infancia... Ya sea suspiro que reflexiona en medio del dolor, o lamento y reproche, en aquellas delicadas estrofas, infinitamente melancólicas, que escribió en la cárcel, igual que en las *Confesiones*, ese retrato en prosa vanidoso, exageradamente sincero y coqueto, siempre ese ritmo titubeante y lastimero. Y amables recuerdos, frescos y delicados como rosas blancas, se enredan dispersos, derramando un piadoso aroma, con toda su obra. Para él la infancia ha sido paradisíaca, porque su alma pobre y débil, necesitada de la ternura de unas manos fieles, aún no ha sufrido el duro embate de la vida, sino tan sólo un ligero y acogedor mecerse entre el previsor amor y la suavidad femenina..., una melodía arrulladora, dulce, inolvidable. Qué puras, qué encajadas están aún todas las fuerzas: el amor es un instinto claro y puro, totalmente carente de inquietud y codicia..., silencio, pacífico silencio, fría y apaciguada nostalgia. Y así la vida entera: grande y bondadosa, maternal y femenina..., sigilosa. Todo brilla con una luz pura y transparente, como un paisaje matinal. Tarde ya, muy tarde, cuando esa pobre vida estaba ya envuelta en el caos y en la niebla, esa nostalgia aún alza sus alas y revolotea, como una paloma blanca,

hacia aquellos días juveniles. El «buen pecador» seguía teniendo lágrimas. Cuelgan relucientes como gotas de rocío, frescas, incluso de las flores más fantásticas y enmarañadas...

Los primeros datos no dicen mucho. Paul Marie Verlaine—sólo se acordó de su segundo nombre en el momento exacto de la conversión—nació en 1844 en Metz, hijo de un capitán de zapadores francés. Por su ascendencia no es alsaciano, sino lorenés: pero está lo bastante cerca de Alemania como para llevar en la sangre la secreta semilla de la poesía alemana. Su familia se traslada pronto a París, donde ese chico guapo de rostro suave y curioso, como nos muestra una fotografía temprana, rápidamente se convierte en un «hermoso muchacho» y, por fin, en un funcionario del Estado con afanes literarios, que tiene ante sí aproximadamente la carrera de nuestro Grillparzer.

En ese sencillo marco de su vida exterior destacan unos cuantos episodios hermosos y algunas figuras amables y bondadosas. Dos de ellas en particular están dibujadas con sutiles y difuminados colores, y envueltas, por así decirlo, en velos de un delicado aroma: dos mujeres. Una es su madre, toda bondad y entrega, mimosa e indulgente, que siempre transitará por su vida, paciente,

noble, maravillosa. Apenas puede haber una historia más conmovedora que la que cuenta dolorosamente en sus *Confesiones*, cuando, en la primera época en que empezó a beber, su madre nunca le hizo un duro reproche; y en una ocasión en que se quedó dormido con la chistera puesta tras una noche loca, ella sólo le expresó una muda queja mostrándole un espejo. Y no hay un episodio más trágico, entre los numerosos que sufrió el borracho que por desgracia fue a menudo, que el veredicto del tribunal de Vouziers que lo condena a quinientos francos de multa por amenazar de muerte a su madre. Pero, aunque la absenta hubiera sacado de dentro de aquel niño sencillo y contrito a otra persona, incluso entonces el ademán de ella siguió siendo el noble e inimitable del perdón.

Y hay otras tiernas manos de mujer que velan sobre su juventud: su prima Éliisa, que murió tempranamente, una figura tan dulce, translúcida y discreta como esos maravillosos personajes de Jakobsen que, por así decirlo, vagan y hablan como almas en pena.¹ Ella, que tenía la belleza propia de los enfermos precoces, quizá se inclinaba aún más hacia

¹ Jens Peter Jakobsen, autor naturalista danés, famoso en aquella época.

ese niño introvertido—pero no melancólico—, encubriendo sus gamberradas, amándolo tiernamente con un amor infantil sin instinto ni peligro.

*Certes oui pauvre maman était
 Bien, trop! bonne, et mon cœur à la voir palpitait,
 Tressautait, et riait, et pleurait de l'entendre.
 Mais toi, je t'aimais autrement, non pas plus tendre,
 Plus familier, voilà.*

[«Sin duda la pobre mamá era | demasiado buena, y mi corazón palpitaba al verla, | se sobresaltaba, reía y lloraba al oírla. | Pero a ti te quería de otro modo, no más tierno | mas sí más familiar»].¹

Fue también ella la que costeó su última «chiquillada» para la impresión de los *Poemas saturnianos*. Su figura relumbra como una llama blanca por entre el humo de su vida. Y es como si el suave caminar de esas mujeres hubiera dado a muchos de sus versos ese brillo seráfico, el esmalte color madreperla de sus poemas más sigilosos, en los que parece oírse el susurro de los plie-

¹ «Lucien Létynois», *Amor*, en: Verlaine, *Antología poética*, op. cit.

gues de un vestido de mujer. Y él, que más tarde vio en la mujer al furioso enemigo, él, que huye junto a los lobos que le protegen de «la mujer, su hermana», incluso ese Paul Verlaine de los años tardíos, «*la ruine insuffisamment ruinée*» [‘la ruina insuficientemente arruinada’], sigue soñando con las manos entrelazadas, con los inocentes ademanes de disculpa de esos primeros recuerdos. Esa nostalgia de las mujeres castas y dulces ha tenido muchas encarnaciones: en las canciones a Mathilde Mauté, su novia, es el dulce canto del trovador; en las horas de aquella conversión mística es delicada oración y culto a la virgen; en los años de decadencia es melancólico eco, balbuciente queja, soñador deseo infantil..., la sabrosa hora que transcurre entre pecado y pecado. A veces ha puesto ese secreto deseo en versos sencillos y delicados, como en una arqueta de exquisito aroma en la que se conserva lo más querido. Y son estrofas puras, maravillosas, que sueñan por ejemplo como ésta, llena de nostalgia y de renuncia: «*Je voudrais, si ma vie était encore à faire, | Qu’une femme très calme habitât avec moi*»¹

¹ «Je voudrais, si ma vie était encore à faire», *Bonheur* (1891).

[‘Si mi vida estuviera por hacer, querría | que una mujer tranquila viviera conmigo’].

Verlaine se despide tempranamente de esta hermosa juventud clara como un espejo. Un día, su padre decide meterlo en un internado de París, y aquel chiquillo pequeño y soñador, esperando un quepis reluciente, dice que sí gustoso. Ése es el punto de inflexión: en ese momento su vida, por así decirlo, se parte en dos, una ancha grieta divide el carácter débil, pero no mórbido, del niño. Aquel chiquillo mimado, vergonzoso y confiado va a parar en medio de unos internos asilvestrados y maleados; ya el primer día, asqueado del frío y la desolación de aquellas salas, lleno de inmensa nostalgia de ternura y dulce refugio, que ni como quincuagenario llegaría a perder, horrorizado por el primer contacto con la vida, temiendo instintivamente el mal, que de todos modos iba a alcanzarlo, huye llorando a casa. Hay júbilo y abrazos, pero a la mañana siguiente lo devuelven con suave violencia. Es la catástrofe. El débil carácter de Verlaine, entregado de buen grado a la influencia ajena, se enturbia con la influencia de sus compañeros «*et là commença la dérouté*» [‘y ahí empieza el desastre’]. Un elemento ajeno entra en su ser, un rasgo materialis-

ta, cínico, una chiquillada por el momento, mientras no puede desfogarse en la sexualidad. Aquel específico carácter parisino, mezcla de vanidad, terquedad, chistes sucios, *raillerie* ['mofa'] y jactanciosa frivolidad, tienta a ese chico manso y soñador, pero tan sólo se apodera de él durante unas horas. Y esa división entre su sensibilidad femenina y su infantil hedonismo lucha incesantemente en su vida, conciliando durante breves momentos lujuria e idealismo, pero nunca venciendo ni aboliendo lo uno ni lo otro. Lo fáustico y lo mefistofélico nunca se encadenan del todo en Verlaine, sino que únicamente se entrelazan: podría, como esa inmensa y aturdidora capacidad de entrega con la que se derrochaba en todas las cosas, hermanar por completo lo sensual con lo espiritual, pero, carente de voluntad como era, no pudo contener el constante vaivén que lo arrancaba arrepentido a sus pasiones para volver a arrojarlo a sus odiadas manos. De ese modo, su vida no es una línea ascendente y calmada, sino una sucesión de abismos y catástrofes, elevaciones y purificaciones, resuelta al fin en un gran cansancio. Como toda vergüenza reprimida, también la suya se desarrolla enormemente: durante toda una vida, late como nostalgia de claridad y pure-

za, pero, atemorizada por la burla, también alza para protegerse las fuerzas malvadas del cinismo y el embotamiento, que acaban recubriéndola. Si no fuera absurdo imaginar la existencia por los caminos que ha desdeñado, se podría dibujar la imagen de Verlaine tal como hubiera sido si el luminoso camino de su infancia hubiera continuado, guiado por manos bondadosas. Porque seguramente—y él piensa lo mismo—aquellos años fueron el humus de las *fleurs du mal* de su alma.

Durante aquellos años de conformación, de formas torpes y sueños inseguros, el poeta surge del niño. Una fuerza maligna hace brotar de él al creador: la pubertad.

*L'homme de lettres, disons plutôt, si vous voulez bien, le poète, naquit en moi vers précisément cette quatorzième année si critique, de sorte que je puis dire qu'à mesure que se développait ma puberté, mon esprit, aussi, se formait.*¹

[‘El hombre de letras, digamos más bien, si se quiere, el poeta, nació en mí precisamente en este decimocuarto año tan crítico, de modo que puedo decir que a medida que se desarrollaba mi pubertad también lo hacía mi mente’].

¹ *Confessions* (1895).